

Guayabito, una tierra que sale del rincón

Por Rogelio Serrano Pérez. Fotos: Orlando Durán Hernández

“El terraplén estaba intransitable. Caía un aguacero y tenías que esperar días para salir. Las zanjas eran tan profundas que ni con el carretón de caballo se podía transitar. ¿Tractores? Los particulares, porque los estatales no se atrevían a entrar”, cuenta Caridad Cobas Hernández quien, por acompañar a su marido, hace tres años se mudó de Vertientes a Guayabito, un batey cercano a la comunidad rural de Antón al que se accede por la carretera que conduce al potrero de Jimaguayú, donde cayó Agramonte.

El marabú había minado cada palmo de suelo. Con casi 50 años, Caridad sabe que el amor enfrenta pruebas a diario, pero nunca creyó que las suyas fueran tan habituales. Vio escenas duras: “En Antón falleció una viejita y la ambulancia no pudo entrar. Allí mismo (señala un almacén que funcionaba como vivienda) murió una compañera y llamamos a la ambulancia. Estaba el tiempo de agua, si llovía no podían venir. Ya planeábamos sacarla en un carretón cuando llegaron”, evoca Caridad y enseguida habla de las mejoras de los últimos meses. Ya por la vía se puede ir hasta en bicicleta, ya hay arados en los campos, ya hay sembrados, ya hay porvenir. De hecho, dejó su trabajo como pastora de carneros y labora como cocinera.

Aquellas historias pertenecen a un pasado que no debe volver. Para eso han despojado campos y caminos de marabú. Y como signo del empuje que quieren que tenga la zona aún conocida por la denominación del batey, Guayabito, le han puesto un nuevo nombre a la entidad que allí opera: Unidad Empresarial de Base (UEB) de Autoabastecimiento Máximo Gómez Báez, perteneciente a la Empresa Agroindustrial de Granos Ruta Invasora.

RESCATE DEL OLVIDO

¿Quién podría siquiera sospechar que aquel miércoles los hombres que a las 10:30 a.m. estaban de cara al surco enyerbado eran los oficinistas, los jefes, los indirectos a la producción de la UEB?

El frijol caupí los tenía de espalda al Sol, como a cualquier otro obrero agrícola. “Así comprobamos el cumplimiento de la norma, si es dura o no. Es un acuerdo de nuestro núcleo del Partido y de la dirección del centro: todos los miércoles y sábados son para trabajos productivos. Empezamos los sábados, pero incluimos otro día porque estos suelos son muy fértiles, y ahora con las lluvias la hierba no da tregua”, dice Pablo Oriol Ramírez Agramonte, el especialista en gestión de recursos humanos.

A sus 55 años Jorge Luis Candel Rodríguez ha sido obrero agrícola, operador de tractor, custodio... ahora es mecánico. Presto dejó el taller cuando le dijeron que había que escardar el frijol. Sabe que hierbas como la sancaraña y la súrbanda crecen rápido, y que “hacen bien los de la UEB en meter a todos pa'l monte, porque hay trabajo pa'rato”.



La labor agrícola de los trabajadores indirectos alivia la sustitución ante la demanda laboral y el ambicioso plan de siembra en saludo al 26 de Julio.

Amado Vega Alfaro, jefe del lote 2 y secretario general del núcleo del Partido, desyerbaba sin pausa, mientras daba la ubicación de sus trabajadores: “Están en la yuca y chapeando y sembrando calabaza. No se puede parar”.

Para promediar los \$700.00 mensuales Rafael Pérez Llanes, obrero agrícola, no detiene el machete. Que abrieran la UEB le resultó salvador. “En la cooperativa donde trabajaba ganaba como \$400.00 al mes, y aquí, aunque estoy más lejos de mi casa, hay atenciones, como el desayuno, merienda y almuerzo, que allá no siempre había”.

QUE NO SE AÍSLE MÁS NUNCA

Para liderar la UEB, “Ruta Invasora” conquistó a Wilfredo Díaz Martínez, consagrado directivo cañero, que casi de estreno en el puesto, ya domina las potencialidades de esta tierra para que no vuelva al descuido. “Tenemos 278 hectáreas (ha.), de ellas 105 plantadas con yuca, frijol, malanga, boniato, frutabomba, maíz, plátanos macho y burro. En saludo al 26 de Julio planificamos la siembra de 206 ha. y añadimos 72 más, porque queremos cubrirlo todo. Somos 78 trabajadores, la mayoría jóvenes, así que el futuro parece seguro, a pesar de que los empleados residentes aquí son menos de 10”.

Rolando Estrada Domínguez, el jefe de producción, también procede del mundo del azúcar, donde aprendió sobre viandas, frutas y hortalizas, “porque en cada unidad hay un autoconsumo, y uno acaba por conocer hasta de riego. Y fíjese qué bueno saberle al asunto, porque aquí nos deben quedar en seco 30 hectáreas, eso, si no nos entran los sistemas de riego enrolladores, de ser así todo estará bajo riego”.

Los 26 años de Isdel Gómez Martínez, jefe de maquinaria, le sobran para sopesar la magnitud de la obra de la reciente UEB, pues el primer buldócer entró a mediados de



“Aquí el estilo de trabajo es en el acto de la guardarraya, la capacitación, la toma de decisiones... Todo es mejor con los ojos en el surco”, conviene Wilfredo Díaz, el director de la UEB, (a la derecha) con su jefe de producción.

febrero, y ya cultivaron frutabomba y boniato. “Todas las instalaciones tienen techos nuevos, se repararon las oficinas y donde había una vaquería hoy funciona el taller”.

“Tenemos poca fuerza laboral, porque incorporamos nuevas áreas. Esta es una buena oportunidad de empleo. Yo estudié Agronomía, pero no había ejercido. Era custodio en el central Panamá. He tenido que desempolvar libros y buscar información digital porque en mi especialidad siempre se está aprendiendo”, comenta Yúnior Pires González, técnico en sanidad vegetal, quien a sus 37 años ve más realidad que promesa en Guayabito.

Cuando tanto surco estalle a producir está prevista la transportación, según confirma Orlando Hernández Vígoa, delegado de la Agricultura en Vertientes, pues la misma UEB dispone de tractores y tráileres nuevos, “que en los picos productivos pueden apoyar; el caso es no perder los alimentos en el campo”.

Con la vista clavada en los platanales colindantes del polo que conforman las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC), Ignacio Agramonte y Jimaguayú (recién incorporadas a “Ruta Invasora”), Guillermo Rodríguez Llópiz, subdelegado provincial de la Agricultura, asegura: “Acopio atraviesa por un proceso de fortalecimiento a nivel nacional, gracias a eso a Camagüey han entrado tres tractores nuevos con tráileres, seis camiones con remolques y básculas de diferentes tamaños, además de que se le dio la posibilidad de reparar seis camiones y cinco tractores. Se puede decir que el módulo de taller de Acopio es el mejor de su tipo en el país. Polos como este no estarán desprotegidos”.

Guayabito, que según Guillermo Rodríguez, posee uno de los mejores suelos de la provincia, salió del rincón. Por el terraplén arreglado ya han sacado boniatos de varias libras, y pronto saldrán toneladas de alimento para el autoconsumo de “Ruta Invasora”, y quién quita que también para la población en épocas de recolecciones máximas. Esta es otra tierra rescatada, otras gentes con trabajo y camino, otros con certezas y esperanzas.

Sobre un “cangrejo” metálico

UN BICHO RARO

Con la siega mecanizada de la caña casi total en esta llana provincia, es difícil hallar una alzadora que, en su tiempo, alivió el alza agotadora de la gramínea a mano para las camas de camiones y carretas; sin embargo, la de Ernesto, con 27 años de explotación está casi nueva. Llovió sobre el suelo de seco y los obreros agrícolas de la cooperativa estatal La Unión, aprovecharon esa bendición para sembrar en tierra preparada con antelación en espera de la ansiada humedad. Con los últimos bultos de semillas de las carretas entró al laborioso escenario Ernesto.

—¿Por qué tu alzadora se conserva así y en qué la empleas?

—Esta alzadora (tractor incluido) es mi sustento: soy yo quien la repara y mantengo así... aunque ahora sigo trabajando el horario que sea necesario, antes lo hacíamos de día y de noche, era distinto, había más motivación y la gente se esforzaba y también era más reconocido laboral y sindicalmente.

“Fui vanguardia nacional una década y gané las distinciones Hazaña Laboral y Jesús Menéndez, como operador millonario y, además, me estimularon con televisor, refrigerador... y muchas veces me premiaron con estancias en hoteles junto a mi familia. Eso ya se perdió y aunque ganes bastante —que no es así—, no puedes hacerlo, no

te alcanza el salario. Sí, sí, continué con iguales bríos y hago las funciones de operador-mecánico”.

—¿Nunca pensaste en conducir una combinada cañera?

—Amadito, un querido amigo, siempre me decía que debía operar una cosechadora cañera y estoy pensando en eso, tengo 50 años y me gusta trabajar desde que amanece, ese hábito sí no lo he perdido a pesar de que los tiempos son otros.

ADN LABORAL DE LOS HERMANOS CASTILLO PEÑA

“En una zafra de aquellas cuando la emulación era al rojo vivo (ahora no recuerdo en qué año fue), ocurrió algo curioso: Yo quedé operador de alzadora millonario y mejor de la provincia y mi hermano Osmany resultó aquí en Las 500 también el mejor jaibero, mientras en los cañaverales de la provincia Granma, en donde nació, mi otro hermano, Luis, fue seleccionado en el tiro de caña el chofer más destacado”.

Y Ernesto Castillo Peña, quien se limpia las botas del pegajoso fango antes de abordar su querida alzadora, me dice a modo de despedida:

“Antes las zafas eran de mucho esfuerzo y resultados, tengo la esperanza de que volverán aquellas jornadas productivas... por eso voy a pensar un poco antes de subirme a una cosechadora de esas a las que solo les hace falta saber hablar”.



Por Rolando Sarmiento Ricart. Foto: Otilio Rivero Delgado

Ernesto llegó a Camagüey vestido de verde olivo y en Las Quinientas afiló muchas veces la guámpara cuando la caña se cortaba a mano y era verdad que había 500 caballerías de caña en ese macizo, entre la capital provincial y Vertientes.

Dos zafas bastaron para tomar “agua de tinajón” y echar raíces en los surcos próximos a esa comunidad cañera; entonces, como la decisión era definitiva y la mecanización dejó machetes y mochas solo para los tajos abruptos y la recogida final de la cosecha, subió al tractor-alzadora hasta hoy.